

CAPÍTULO QUINTO

LA VIABILIDAD DE LAS “LÍNEAS ROJAS”

LA VIABILIDAD DE LAS “LÍNEAS ROJAS”

La perspectiva siria: la crisis de los misiles del año 1981

Las «líneas rojas» fueron producto de la existencia de intereses negativos coincidentes entre Siria e Israel. Estando ambos actores predispuestos a realizar acciones hostiles, el análisis del cálculo de riesgo para las dos partes indicaba que «los costes que conlleva una confrontación militar sobrepasaban de lejos los beneficios» (61) que se pudieran obtener. Una vez Siria había decidido participar en el conflicto libanés, las «líneas rojas» mostraron, a la vez, la aceptación israelí de los vitales intereses sirios en el área y los límites aceptables de tal intervención para Israel.

Sin embargo, la dinámica interna de ambos Estados, la situación regional e internacional y el desarrollo de los acontecimientos en Líbano impelieron a Siria e Israel las posturas cada vez más rígidas con respecto a su política de disuasión mutua en lo referente a las «líneas rojas» libanesas.

Por una parte, el Gobierno israelí, consciente de que todas las predicciones mostraban la pérdida de las elecciones del año 1978 por parte de la coalición conservadora del Likud, optó por una política antiárabe más radical que impidiera una derrota en las urnas. Fue el momento del reavivamiento

(61) EVRON; *Washington, Damascus and the Lebanese Crisis* en MAOZ y YANIV; *Opus citat.*, p. 213.



de la guerra contra los palestinos en el sur de Líbano, del bombardeo del reactor nuclear iraquí y del fortalecimiento de las relaciones y creciente colaboración militar entre Israel y el Frente libanés (maronitas) (62).

Por otra parte, la evolución de la estrategia siria en Líbano constituye un claro ejemplo de utilización de poder militar para la consecución de fines políticos, basada en tres grandes líneas de actuación: ejercer de policía de Líbano, manteniendo la presión sobre todas las partes para hacerlas desistir de la continuada guerra civil; defender el oeste sirio —el área de Damasco— de un movimiento de rodeo israelí; y disuadir de un ataque israelí sobre Líbano Norte y Central. Las «líneas rojas» servían a los propósitos de dos de estas grandes líneas. Sin embargo, Siria se vio incapaz de zanjar el conflicto libanés, pues no sólo no se estabilizó la situación entre las diferentes facciones en lucha, sino que las partes implicadas optaban continuamente por posiciones más intransigentes.

Pero Siria se vio empujada hacia una actitud más radical en el conflicto libanés por otras causas además de la dinámica de guerra en Líbano. Su creciente aislamiento en la región —Egipto había dejado claro que no apoyaba una intervención masiva siria en Líbano, señal obvia de que nada debía interferir en la retirada israelí del Sinaí, a completar en abril de 1982—, el debilitamiento del apoyo soviético, y la diluida perspectiva de cualquier beneficio diplomático o territorial a través de iniciativas diplomáticas generales la empujaron a una creciente postura rígida. Cuando menos en retórica. El equilibrio de intereses de Siria había cambiado en el período entre 1976 y 1981 y su política en Líbano sufrió los resultados de acontecimientos derivados del conflicto árabe-israelí (63).

(62) Aunque no es el tema de este trabajo, es necesario señalar que tanto en el caso de Israel con respecto a Estados Unidos, como de Siria con respecto a la Unión Soviética, la existencia de una alianza con uno de los «supergrandes» y de un alto grado de dependencia económica y militar no supuso la subordinación de las políticas de estos dos Estados a los deseos de los dos grandes. Muy al contrario, como ilustra el caso de Israel, la presión estadounidense no pudo frenar los siguientes acontecimientos: el bombardeo de Beirut y la invasión de Líbano del año 1978; la anexión de los Altos del Golán, la continua expansión de los asentamientos israelíes en Cisjordania y el bombardeo de la planta de investigación nuclear iraquí en el año 1981; el rechazo del plan Reagan para un acuerdo general en el conflicto árabe-israelí y la invasión de Líbano y asedio de Beirut en 1982.

(63) En respuesta a los Acuerdos de Camp David de septiembre del año 1978 y a la firma del tratado de paz en marzo del año 1979, la cumbre de la Liga Árabe de 31 de marzo de 1979 libró un comunicado condenando, en muy duros términos, la decisión egipcia y decidiendo retirar embajadores de Egipto romper relaciones políticas y diplomáticas y suspender la condición de miembro de la Liga Árabe de Egipto. Todo lo anterior resultó en una mayor radicalización del conflicto árabe-israelí, no dejando espacio libre para políticas conciliatorias.

Cuando la lucha se intensificó en el valle de la Bekaa en el año 1981, la relación de disuasión entre Siria e Israel, que había estado funcionando a un nivel satisfactorio en los anteriores cinco años, sufrió una crisis importante.

La crisis de los misiles comenzó cuando Unidades cristianas desafiaron la hegemonía siria en el valle de la Bekaa. En lo que se conoce como el *affaire* de Zahle, los sirios mostraron su resolución de no permitir la pérdida del control sobre esa zona mediante la instalación de plataformas preparadas para un posible despliegue de sistemas SAM. Siria no violó exactamente uno de los puntos del acuerdo sobre «líneas rojas» pero sí manifestó su intención de no permitir un rediseño de las zonas de influencia por vía de una fuerte reacción militar. Además, Siria hizo retroceder las milicias cristianas utilizando helicópteros de ataque. El derribo por parte israelí de dos helicópteros como represalia y aviso, aunque sólo transportaran tropas como después se demostró, fue contestado por Siria con la introducción en territorio libanés de misiles tierra-aire. Eso representó una clara violación del acuerdo del año 1976.

Hubo signos inequívocos de escalada de la crisis. Por una parte, Israel percibió que, debido a su superioridad militar, Assad se encontraba en una posición débil y podría ser expulsado de Líbano. El gobierno de Israel preparó la Ley sobre los Altos del Golán, una anexión *de facto* del territorio, y en el sur de Líbano comenzó una serie de ataques aéreos contra posiciones de la OLP, llegando incluso a bombardear algunas áreas de Beirut. Por otra parte, el firme compromiso sirio en el control del valle de la Bekaa, vital para su seguridad, sólo podía ser desafiado mediante un movimiento escalatorio vertical que podía terminar en una confrontación abierta entre los dos países. Pero Siria estaba predispuesta a asumir los costes de la escalada durante la crisis de los misiles porque el equilibrio de intereses en favor de Siria compensaba un equilibrio militar favorable a Israel.

Por parte de la Unión Soviética, el gran aliado sirio, se efectuaron señales indicando que los soviéticos no protegerían a Siria en Líbano, aunque tampoco permitirían que Israel amenazara el territorio sirio y que, en tal caso, ello sería considerado como una provocación que bien pudiera conducir a una mayor escalada en la crisis. Sin embargo fueron los Estados Unidos, bajo la mediación de Habib, quienes propiciaron la consecución de un acuerdo de alto el fuego, aunque la crisis nunca se resolvió y los misiles no fueron retirados. La actitud nada conciliadora de Siria tuvo lugar en un ambiente escasamente propicio, pero la actitud decidida del presidente sirio hizo oscilar la balanza a su favor. Assad entendió la crisis como un éxito:

«la crisis marcó su reentrada en la gran liga de la diplomacia internacional tras su exclusión del proceso de paz cuatro años atrás a causa de la visita de Sadat a Jerusalén. Emergió del *bunker* al que había sido confinado por los terroristas islámicos, desafió a Beguin y consiguió retener sus misiles en Líbano. Había comenzado un diálogo con Estados Unidos» (64).

Sin embargo, la evolución de la guerra civil en Líbano y su extensión a todo el territorio del país, y especialmente a las áreas del sur no controladas ni por Siria ni por Israel, marcó un punto de inflexión en las relaciones entre estos dos países. Una efectiva disuasión mutua dependía de un régimen libanés viable, pero:

«la quiebra internacional del Estado libanés amenazaba la capacidad amortiguadora del acuerdo y compelia a Siria e Israel a buscar nuevas formas de proteger unos intereses que habían estado bien servidos con la presencia de un Líbano independiente» (65).

La crisis de los misiles del año 1981 mostró los peligros de la falta de una amplia zona tapón entre Israel y Siria. De hecho, el propio acuerdo sobre las «líneas rojas» generó, mediante la creación de un vacío de poder en el sur de Líbano, el potencial necesario para que se produjeran momentos escalatorios. A pesar del entendimiento original para no escalar, cuando menos, hasta el año 1978, la dinámica de la interacción empujó a ambos actores a unas hostilidades que continuamente podían empeorar. Suponiendo a ambos actores racionales, «como en el juego del dilema del prisionero, en el análisis final la cosa lógica de hacer para ambas partes en los contextos más decisivos fue escalar —desertar— y no cooperar» (66).

La escalada es entendida habitualmente como uno de los riesgos de la guerra limitada, pero, como es este caso, también se puede producir deliberadamente. El *brinkmanship* es un tipo de crisis que implica un reto directo por una de las partes y se convierte en un peligroso test de voluntades entre los participantes. Se intenta, a la vez, afirmar las intenciones propias e influenciar en la determinación del adversario. Como en el *chicken game*, una racionalidad enfermiza determina que el éxito acompañe al jugador que muestre la mayor voluntad de correr riesgos y la

(64) P. SEALE: *Opus citat.*, p. 372.

(65) L. BINDER: *Lebanon and the Regional State System, Middle East Insight*, 6 (1-2). Verano, 1988, p. 28.

(66) YANIV: *Syria and Israel: the politics of escalation* en MAOZ y YANIV; *Opus citat.*, p. 176.

determinación más fuerte de ganar a cualquier precio (67). Siria mostró esa determinación en el año 1981, pero no lo hizo a costa de empeorar la situación a medio plazo.

Los objetivos israelíes: la operación «paz para Galilea»

Entre los años 1976 y 1979, las «líneas rojas» fueron un mecanismo de éxito en la conducción de conflictos. Pese a los numerosos ejemplos en que estas marcas de disuasión específica fueron retadas, probaron ser capaces de crear el espacio político y militar necesario entre Israel y Siria como para que cada parte fuera capaz de perseguir sus intereses sin provocar un antagonismo abierto. Como ya se explica en otros puntos de este estudio, la clave de la fuerza y de la resistencia de las «líneas rojas» fue la común percepción que tuvieron Siria e Israel acerca del alineamiento de intereses en el mosaico de la realidad política libanesa.

En el año 1981, las «líneas rojas» comenzaron a resquebrajarse. La invasión israelí del año 1982 las pulverizó. Ello no significa que la disuasión fallara por completo, pues incluso después del año 1982 Israel y Siria minimizaron cuidadosamente la frecuencia y alcance de sus confrontaciones cara a cara —después de todo, el año 1982 no es conocido como el año de la guerra sirio-israelí—. Sin embargo, las «líneas rojas» se derrumbaron bajo el peso de los tanques israelíes a su paso por el país. Esencialmente, los cambios en el panorama político de Oriente Medio y la nueva lista de personalidades del Gabinete israelí se combinaron para cambiar la percepción israelí del equilibrio de intereses en Líbano. Esto socavó completamente la viabilidad del sistema de «líneas rojas» de 1976-1979, abriendo la puerta a la guerra.

(67) El *chicken game* es un concepto incorporado a la teoría de juegos que tiene su origen en un peligroso juego inventado por adolescentes norteamericanos hace ya varias décadas. Según este juego, dos personas conducirían dos coches situados en extremos opuestos de un tramo de carretera. Los conductores conducirían sus coches con la máxima aceleración posible, y el primero en desviarse para evitar un choque frontal, sería el perdedor o «gallina». La racionalidad del juego consiste en que el más irracional de los jugadores —aquel que rompe el volante y se ata el pie al pedal de aceleración, y muestra estos hechos a su oponente— es el que con mayor probabilidad puede resultar vencedor. Traspolando el juego a la crisis de los misiles del año 1981, «el problema central para cada uno de los participantes —en este *chicken game*— fue establecer la credibilidad de sus amenazas y dejar claro ante el oponente la fuerza de su voluntad y de su resolución» (Phil WILLIAMS; *Crisis Management* en BAYLIS, BOOTH, GARNETT & WILLIAMS; *Opus citat.*, p. 242).

En verano del año 1982, el mundo para Israel consistía en los siguientes hechos: Egipto ya no era un enemigo y era poco probable que retara a Israel durante las últimas fases de la retirada del Sinaí; la Administración estadounidense, y especialmente Alexander Haig, apoyaba de forma decidida a Israel; la guerra entre Irán e Irak mantenía dividido al mundo árabe; las relaciones entre Siria y Jordania eran hostiles y la Unión Soviética estaba reduciendo sus compromisos con sus aliados árabes. Israel creyó tener un margen de maniobra para afirmar de forma activa sus intereses. Por tanto, estando las preocupaciones tradicionales de la política exterior de Israel en situación estable, Líbano ganó importancia en la agenda israelí.

Los ataques de la OLP a los asentamientos israelíes habían remitido. Sin embargo, los palestinos, usando como base de operaciones el sur de Líbano, se estaban transformando en un ejército semiregular. Con el tiempo, esa fuerza bien pudiera lanzar un costoso ataque contra Israel, y ello no podía ser permitido. Pero se necesitaba algo más que un aplastamiento de las capacidades militares de la OLP de una vez por todas para que la seguridad de los asentamientos en el Norte estuviera garantizada. La existencia de la OLP bloqueaba la política de anexión israelí en Cisjordania. Si Israel invadía Líbano y destruía a la OLP, podría absorber esa franja occidental del río Jordán y dejar que Jordania fuera la solución al problema palestino.

Beguin y Sharon aún tenían un mayor plan *in mente*. Israel invadiría Líbano y eliminaría a la OLP y también a los sirios. Podría colocar de nuevo a los maronitas en el poder, garantizando, por medios militares, la viabilidad de un gobierno dirigido por Bashir Gemayel, y este renacido Líbano podría firmar un tratado de paz con Israel. Un pacto entre El Cairo, Jerusalén y Beirut sería el eje del equilibrio de poder en la región. Con esta visión, Beguin y Sharon entendían los intereses israelíes en Líbano de una forma radicalmente diferente a como habían sido percibidos entre los años 1976 y 1982. Los intereses sirios en Líbano ya no eran aceptados como mayores y su «derecho» a estar allí dejó de ser una asunción común en la relación sirio-israelí.

El «gran plan» no estuvo en ningún momento consensuado. Sus artífices fueron el ministro de Defensa, Sharon, y el jefe de las FAS Eitan, quienes consiguieron la autorización de Beguin para iniciar las operaciones militares. Lo que sí había consensuado el Gabinete israelí era una incursión limitada que no entrara en contacto con el despliegue de fuerzas sirias en Líbano. Sin embargo, la tradicional y dominante influencia de lo militar en la formulación de las políticas de seguridad israelíes y la poco efectiva integración de

consideraciones políticas y militares ocasionaron la puesta en marcha de ese «gran plan». Israel siempre ha colocado el énfasis en la realidades militares a corto plazo, prestándose muy poca atención a las implicaciones de las decisiones defensivas a medio y largo plazo (68).

La situación internacional el aislamiento sirio en el mundo árabe, el bajo apoyo prestado por su aliado tradicional soviético, la única preocupación egipcia centrada en las etapas finales de la retirada israelí del Sinaí, la consideración de Estados Unidos hacia Israel como un aliado importante en la lucha global anticomunista y la guerra entre Irán e Irak hizo pensar que los costes del «gran plan» serían bajos. Especialmente cuando se les comparaba con los beneficios a obtener. Ahora que Sharon quería echar a Siria de Líbano, la confrontación con Siria, que antes había tratado de evitarse mediante el sistema de «líneas rojas», era esperada y deseada. A punto de invadir Líbano, Israel estaba preparada para descartar un sistema de «líneas rojas» que ya no reflejaba su percepción de intereses en Líbano. El cálculo disuasorio había cambiado. El valor estratégico y disuasorio de Líbano se había incrementado con respecto al año 1976 (69).

(68) Sharon y Beguin no compartieron este «gran plan» con el Gabinete israelí. El plan aprobado por el Gabinete consistía en una invasión limitada —hasta 40 kilómetros de profundidad— para destruir la infraestructura de la OLP en el sur de Líbano, unido a la aspiración de firmar un tratado de paz con un Líbano independiente y a la preservación de la integridad territorial libanesa. Tampoco se sabe con certeza cuánto sabía Beguin en realidad acerca del «gran plan», aunque parece ser que conocía que la invasión limitada era poco probable.

El «gran plan» no fue, en todo caso, producto de una decisión rápida. Hay indicios de que tras el asesinato de Sadat las grandes líneas del plan ya habían sido diseñadas. Hay que mencionar, también que, desde los tiempos de Ben Gurion, algunos sectores políticos israelíes contemplaban, si bien de manera abstracta, la posibilidad de una mejor relación con los maronitas libaneses e incluso la existencia de un pequeño Estado cristiano aliado de Israel. Ello explica por qué, desde el año 1975, Israel inició contactos, posteriormente ampliados a ayuda militar, con algunas formaciones cristianas, en especial el *Kataeb*.

Las propias características del proceso de toma de decisiones en materias de seguridad colaboraron, sin duda, a que el «gran plan» se pusiera en marcha. Desde los tiempos de Ben Gurion, ese proceso está concentrado en unas pocas manos. El llamado *Kitchen cabinet* donde se «cocinan» todas las decisiones está formado por unos cuantos miembros del Gobierno, expertos en defensa de algunos partidos políticos (incluyendo casi siempre al Partido Laborista), altos funcionarios del Ministerio de Defensa, el jefe de las FAS, el director de la inteligencia militar, algunos otros oficiales y el jefe de los Servicios de Seguridad. Un repaso a esta lista de personalidades muestra el importante papel concedido a las FAS en el proceso de toma de decisiones, en detrimento de los expertos civiles, y la casi práctica exclusión del Ministerio de Asuntos Exteriores del proceso (Ver B. E. O'NEILL; *The Defense Policy of Israel* en MURRAY & VIOTTI Eds.; *Opus citat*).

(69) He tomado de Snyder la diferenciación entre valor estratégico y valor disuasorio. Valor estratégico consistiría en algo cuya pérdida incrementa las capacidades del enemigo en

El año 1982 y el choque de intereses: ¿la muerte de las «líneas rojas»?

En el año 1976 Siria todavía conservaba esperanzas de ser incluida en un acuerdo general multilateral sobre Oriente Medio. Su intervención en Líbano puede entenderse como la voluntad de no permitir que un conflicto local tuviera un efecto desestabilizador en la región. Su política hacia la OLP fue el resultado de no querer la distorsión de la «causa palestina»: es decir, que la lucha de la OLP no podía desarrollarse completamente en Líbano, sino que los esfuerzos debían ser dirigidos hacia los territorios ocupados. Finalmente, Siria quería, a la vez, asegurar que Líbano era una zona tapón con respecto a Israel y que permaneciese dentro de su área de influencia.

En el año 1980 todas esas premisas se habían desvanecido. En primer lugar, la firma del Acuerdo de Camp David y el Tratado de Paz entre Egipto e Israel significaron la desconexión definitiva entre Levante y la arena occidental del conflicto árabe-israelí, con todas las implicaciones que ello tuviera en términos geopolíticos y militares. Es más, representó el aislamiento de Siria en un período en que las rivalidades intraárabes y la guerra entre Irán e Irak amenazaban con desviar la atención de o incluso destruir el frente anti-Camp David.

Siria comprendió la necesidad de emprender acciones a nivel regional que la hicieran superar su aislamiento, y «en Damasco se extendió la convicción de que no habría un acuerdo general aceptable a menos que emergiera un equilibrio de fuerzas más favorable a los árabes» (70). En este contexto, Siria

el futuro y reduce la propia ante otros ataques; tiene un sentido esencialmente militar. Valor disuasorio es el valor de algo cuya defensa afecta las intenciones del enemigo en el futuro; en su caso más extremo conduce a la teoría del dominó (Ver G. H. SNYDER; *Deterrence and Defensa* en ART & WALTZ; *Opus citat.*) Esta diferenciación funciona a nivel conceptual; ambos valores funcionan simultáneamente en el caso de Israel con relación a Líbano, y ambos se ven aumentados en la percepción israelí de 1982.

También Snyder —*Ibidem*— identifica cuatro factores que intervienen en el cálculo de riesgo del agresor: la valoración del objetivo territorial y de otros beneficios intangibles asociados con una determinada respuesta; la estimación de los costes de la lucha; la probabilidad de mantener con éxito el objetivo territorial y otros valores y los cambios en la probabilidad de futuros ataques enemigos contra otros objetivos debido al seguimiento de diferentes respuestas por parte del disuasor. El cálculo de riesgo israelí fue inadecuado para los cuatro factores indicados por Snyder. Además, Israel no identificó completamente a los disuasores —teniendo sólo en cuenta a la OLP y a los sirios— ni valoró acertadamente sus capacidades; tampoco valoró la reacción y los cambios en la actitud de sus aliados —Estados Unidos y maronitas—. En definitiva, obró acorde con una mala percepción de la «maraña» libanesa.

(70) HIMMENBUSCH; *Opus citat.*, p. 10.

necesitaba vehementemente ejercer su hegemonía sobre Líbano y reafirmar su propia seguridad. La doctrina de seguridad siria tenía como elemento central la noción de autoayuda y la necesidad de autoproverseer de los medios para resistir en solitario. Como menciona Seal:

«de esta doctrina surgían dos colorarios: el primero era la necesidad imperiosa de proteger la zona de Levante, con Siria en su centro, y el segundo, la ambición por alcanzar la paridad con Israel, lo que a Assad le gustaba llamar 'equilibrio general estratégico'. El primero era esencialmente defensivo, y el segundo más bien un tablero para futuras acciones, ya en guerra, ya en paz» (71).

A falta del potencial militar suficiente para alcanzar la paridad con Israel, Siria centró sus esfuerzos en el control de Líbano como medio de proteger la zona de Levante.

En segundo lugar, las actividades de la OLP en el sur de Líbano, aunque limitadas por Siria, empujaron a Israel a intervenir en los asuntos libaneses. En búsqueda de la seguridad, especialmente en términos regionales, ambos Estados se vieron envueltos en el conflicto como parte y patrón que imponía algo de influencia sobre sus aliados. El choque fue inevitable en 1982 y, de hecho, uno de los objetivos de la invasión militar israelí fue el de derrotar al Ejército sirio en Líbano y hacerlo retirarse. Israel esperaba evitar una guerra sirio-israelí directa mediante la demostración de su superioridad militar.

La guerra del año 1982 puede dividirse en diferentes fases. El 4 de junio de 1982 Israel inicia la invasión con 6 Divisiones a las que se dotó de menos Brigadas de tanques pero con un esfuerzo adicional de Unidades de paracaidistas y de infantería no asignadas normalmente a esas Divisiones. La fuerza expedicionaria israelí puso de manifiesto la veracidad del «gran plan», ya que, como apunta Evron (72), la supresión de la OLP necesitaba de 2 Divisiones a lo sumo.

En la primera fase de la guerra, el control israelí del sur del Líbano se consolidó rápidamente, mientras que la OLP se retiraba de forma fulminante hacia el norte del país; en el frente occidental la situación se definió por el empuje israelí hacia las cercanías de Beirut debido a la falta de resistencia palestina.

(71) P. SEAL; *Opus citat.*, pp. 346-347.

(72) Ver EVRON; *Opus citat.*, capítulo IV.

La segunda fase consistió en una guerra limitada contra Siria en los frentes Central y Oriental, esto es, en la autopista Beirut-Damasco y en el Valle de Bekaa. La lucha entre sirios e israelíes sobre la línea de la autopista Beirut-Damasco fue consecuencia de un movimiento escalatorio y de un ejercicio de diplomacia coercitiva por parte israelí cuyo objetivo era señalar a los sirios la voluntad israelí de privarles del control del valle de la Bekaa. En el frente Oriental el objetivo israelí consistía en atacar y destruir las baterías SAM en el valle. Pese a los intentos de mediación estadounidense (73), el ataque israelí en el frente Oriental resultó devastador para los sistemas de defensa aérea sirios y para su Fuerza Aérea. La situación, bajo claro control israelí, se estabilizó tras el alto el fuego del 11 de junio propiciado por Estados Unidos. Por tanto, se evitó la ampliación de la guerra a los Altos del Golán. Las opciones sirias eran extremadamente limitadas; las fuerzas israelíes estaban sobre su línea fronteriza, a sólo 20 kilómetros de Damasco.

La tercera fase de la guerra coincidió con el empuje israelí hacia el Norte, reiniciándose, pese al alto el fuego, la lucha entre sirios e israelíes por el control de las colinas de Beirut Este. La cuarta fase fue el propio asedio y bombardeo de Beirut.

La situación cambió radicalmente tras los sucesos del verano de 1982. La expedición israelí probó ser demasiado costosa. La operación de asedio y bombardeo de Beirut supuso un reto inexpugnable, salvo a un muy alto coste de bajas, para los israelíes. Los ejércitos modernos están poco preparados para combatir en zonas urbanas densamente pobladas y de arquitectura vertical. Los israelíes disponían de pocas Unidades de infantería de primera línea para realizar la «limpieza» de la capital, y tampoco consideraron tal posibilidad. Al inicio de «paz para Galilea» se pensó que las Falanges Libanesas se harían con el control de la capital. Pero ello no fue así y fueron los propios israelíes los que tuvieron que hacerse cargo de esa operación.

Lo encarnizado de los combates en Beirut y las críticas formuladas por la opinión pública internacional a una situación que amenazaba con eliminar físicamente a los palestinos de Líbano y provocar el estallido de un conflicto de dimensiones regionales gravísimas, condujo a que Estados Unidos

(73) Israel utilizó el canal estadounidense para comunicar a Siria que ésta debía retirarse parcialmente del valle de la Bekaa o arriesgarse a una confrontación con Israel. Sin embargo, antes de que P. Habib pudiera hablar con Assad, los israelíes atacaron las baterías de SAM y los sistemas de defensa aérea sirios en la Bekaa. Poco de que hablar quedó para la conversación entre el presidente sirio y el enviado de Estados Unidos. Ver EVRON; *Ibidem*.

centrara sus esfuerzos en mediación en la definición de un plan de evacuación de la OLP de Beirut como primer paso para el apaciguamiento del conflicto.

Ni Siria ni Israel estaban, en principio, predispuestas a aceptar tal plan. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos en las distintas fases de la guerra habían colocado a Siria en un lugar con poco margen de negociación. Ello condujo a su aceptación de la propuesta de Estados Unidos para la retirada de fuerzas de la OLP de Beirut. Como apunta Evron:

«la posición siria era relativamente débil. Siria había sufrido una derrota militar limitada —sobre todo en el aire—, había fracasado en el intento de movilizar un significativo apoyo árabe, y sus aliados políticos en Líbano o habían sufrido una derrota militar o, como en el caso del presidente Sarkis y parte de la comunidad maronita, rebajado la intensidad de la relación. Para actuar en contra de ese contexto, Siria se tornó más flexible y aceptó eventualmente el plan americano» (74).

Por lo que respecta a Israel, y pese a las reiteradas muestras realizadas en el campo militar de oposición a la evacuación de la OLP de Beirut, la presión ejercida por Estados Unidos durante las negociaciones torció la voluntad israelí de no permitir tal evacuación. Con ello, uno de los objetivos de la invasión, la destrucción de la OLP y no sólo de su infraestructura, no se cubrió. Es más, en los pocos días de duración del nuevo Gobierno libanés propiciado por Israel se hizo evidente que Bashir Gemayel era bien consciente de la necesidad de mantener lazos económicos con el mundo árabe y una política equilibrada con respecto a Siria. Por último, la complicidad israelí en las masacres de Sabra y Chatila evidenció el fracaso israelí en su intento de controlar los acontecimientos en Líbano e incluso a sus propios aliados (75).

(74) EVRON en MAOZ & YANIV; *Opus citat.*, p. 218.

(75) El asesinato de B. Gemayel propició la entrada de tropas israelíes en Beirut Oeste (el sector musulmán), justificada como un intento de mantener el orden, y a las masacres en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila, perpetradas por milicianos falangistas. Estos acontecimientos mostraron el fracaso del plan Habib, pues la Fuerza Multinacional —compuesta por estadounidenses, franceses e italianos— fue rápidamente retirada tras la evacuación de la OLP de Beirut, en lugar de permanecer en la capital como fuerza de interposición entre las milicias cristianas y los militares israelíes, de una parte, y la población de Beirut y los campos de refugiados, de otra. Como consecuencia, el plan Reagan para Oriente Medio, que pretendía reincorporar a Jordania en las negociaciones sobre el futuro estadounidense se vio fuertemente lesionada.

El hipotético prestigio que pudiera haber supuesto, para los países patrocinadores de la Fuerza Multinacional, una mediación de éxito en el conflicto libanés se hundió bajo el peso de los acontecimientos. Para el año 1983, la lucha intercomunal hizo que todas las facciones libanesas, incluidos los maronitas, volvieran a dirigirse a Siria como árbitro equilibrador. Ese mismo conflicto entre comunidades provocó el definitivo empantanamiento de las Fuerzas de Defensa israelíes mediante su intervención en la lucha entre sirios y drusos y maronitas por el control de la zona del Shuf. La opinión pública israelí se volvió en contra de una operación que no era una victoria fácil y fulminante y que era producto del engaño de Sharon. La oposición de Estados Unidos a la agresión israelí fue dura. Finalmente, Israel probó ser incapaz de rediseñar la realidad política libanesa, a pesar de fuerza militar, figura 5.

El giro en los acontecimientos favoreció a Siria, sobre todo cuando ésta consideró urgente la restauración de credibilidad de su opción militar, y especialmente tras la aceptación por parte soviética de reemplazar los destruidos sistemas SAM sirios con otros más sofisticados y manejados, en parte, por los propios soviéticos. Esto fue un movimiento ascendente en la espiral escalatoria, porque puso en evidencia los peligros de un conflicto directo con la Unión Soviética en caso de reiniciarse la lucha entre Siria e Israel. Es más, la decantación de poder a favor de Siria al cabo de un año de la invasión israelí le permitió torpedear el débil Acuerdo de 17 de mayo del año 1983 entre Líbano e Israel —por el que Israel hubiera tenido un importante *rol* en las decisiones sobre seguridad libanesa— (76) e impedir un segundo Tratado de Paz parcial entre Israel y un país árabe.

Ahora, más que nunca, Siria debía ser considerado como un poder regional. Desde la óptica de Seal, esta percepción ha reescrito:

«las reglas del sistema de Oriente Medio: El Cairo y Bagdad han perdido importancia, mientras que la disputa árabe-israelí, la lucha por el Oriente Medio (...) es esencialmente una contienda entre Israel y Siria» (77).

Días después de las masacres, la Fuerza Multinacional fue inútilmente red desplegada en Líbano. Tras la retirada israelí de Beirut, la fuerza se sumergió en el conflicto libanés, involucrándose en la lucha contra posiciones sirias y drusas hasta ser definitivamente retirada del área.

(76) En particular, los artículos 6 y 7 significaban una clara negativa a aceptar las fuerzas sirias en Líbano. Según el artículo 6, «cada parte prevendrá la entrada, despliegue o paso (...) de fuerzas militares, armamento o equipo militar de cualquier estado hostil a la otra parte». *Strategui and the Israeli Experience in Lebanon*. Oxford University Press, Nueva York, 1987, pp. 327-338.

(77) P. SEAL; *Opus citat.*, p. 493.

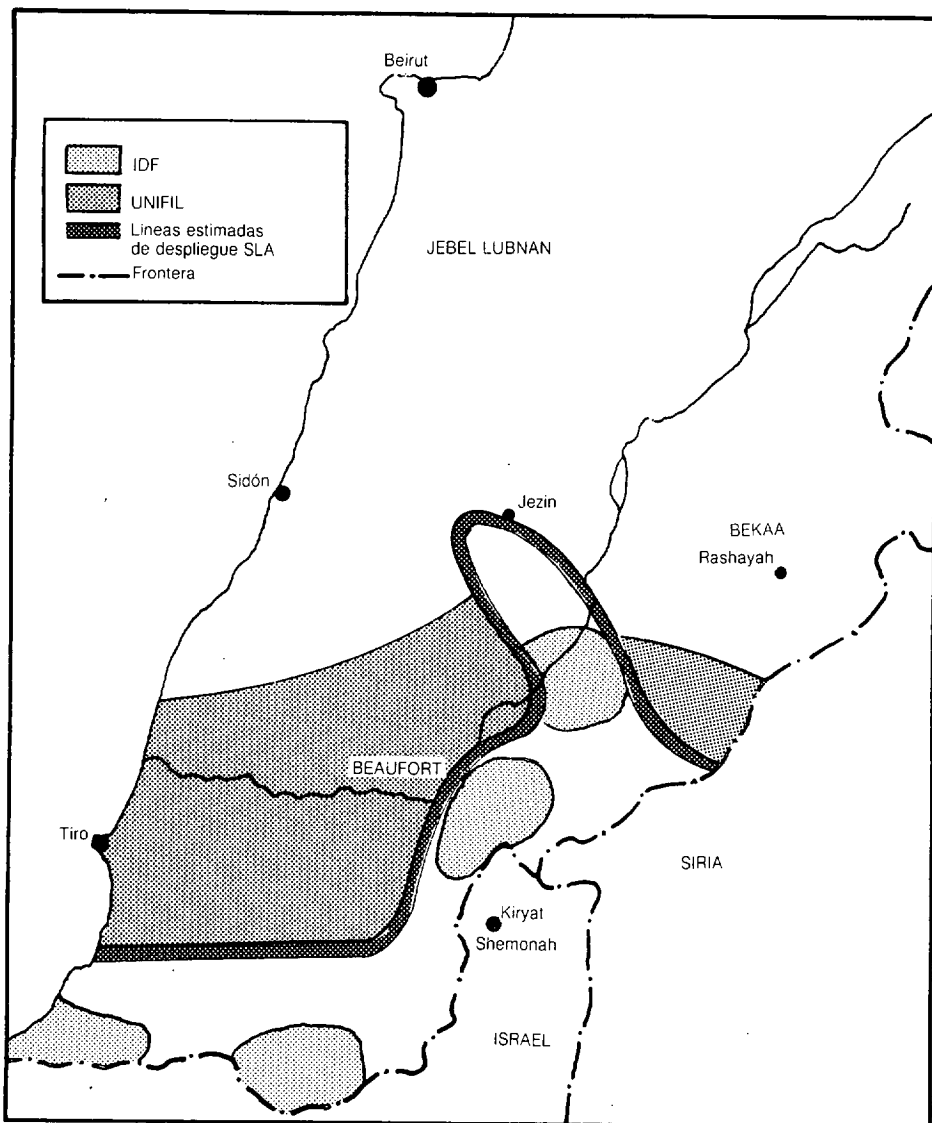
en la región. La reanudación del diálogo, no obstante, quedaba garantizada en el futuro por la propia creciente influencia siria en toda el área.

Al principio de la guerra Israel estableció que deseaba minimizar los choques directos con Siria. La última cosa que quería Israel en el año 1983 era que una escalada condenara la invasión a una guerra general con Siria. Cuando los acontecimientos en Líbano volvieron a ser el punto de atención, tras el primer *shock* producto de la invasión, Siria e Israel se esforzaron en limitar los impulsos hacia una guerra general. La disuasión aún funcionaba. El conflicto sirio-israelí quedó congelado, y ambas partes buscaron impedir que los no deseados riesgos de una escalada llegaran a un punto de no retorno, figura 6.

Israel comenzó su retirada de Líbano en el año 1983 —hasta el río Alawi—. El nuevo Gobierno israelí de coalición, deseoso de salir de la pesadilla libanesa, diseñó un plan de retirada en tres fases que completó en el año 1985 —a excepción de un cinturón de seguridad de 10 kilómetros en el sur de Líbano, en el que Israel mantiene el control—. En ese período, Siria se reestableció en Líbano e Israel tuvo que acceder a un realineamiento de intereses similar al que prevalecía al comienzo de la guerra civil. La situación retornó al diseño de «líneas rojas» del año 1976, con la diferencia de que ahora las líneas contemplaban una creciente intervención militar siria en la interminable guerra libanesa (78).

Hacia los años de 1985-1986, los mecanismos de disuasión específica entre Siria e Israel en Líbano son recreados, utilizando, además, los mismos canales que en el año 1976: la señalización en el campo militar, las declaraciones públicas y el canal comunicador de Estados Unidos. Las diferentes interpretaciones por parte siria e israelí de cuáles eran las nuevas «líneas rojas» —las antiguas del año 1976 o bien las generadas por el enfrentamiento militar de 1982— dieron lugar a una «segunda» crisis de misiles, que respondió al mismo modelo que la del año 1981 y mostró que la tolerancia israelí a la presencia militar siria tenía límites. Los israelíes no deseaban permitir a Siria el completo control de Líbano. De nuevo, la mediación de las superpotencias frenó una crisis que podía haber evolucionado hacia una confrontación militar entre ambos países. Las

(78) Actualmente, la presencia siria en Líbano puede estimarse en unos treinta mil hombres, enormemente considerable si se tiene en cuenta la población libanesa —unos dos millones y medio de personas— y que las FAS libanesas tuvieron, en el momento de mayor tamaño, entre catorce y quince mil hombres. Para más datos, remito a las cifras del *Military Balance* recogidas en los capítulos del presente estudio.



Fuente: A. YANIV, *Opus citat.*, p. 283.

Figura 6.—El cinturón de seguridad israelí, junio 1985.

«líneas rojas» rediseñadas en el año 1985 son geográficamente las mismas que en el año 1976, pero sus techos son mucho más altos: despliegue de SAM sirios, utilización de tanques y artillería y derecho a sobrevuelo sobre Líbano por parte siria. La ambigüedad de las «líneas rojas» y el riego de escalada se harán, a partir de ese momento, mucho más evidentes.

La tendencia hacia la convergencia entre intereses sirios e israelíes deriva de su mutuo temor hacia el otro, pero el equilibrio de intereses ha jugado en favor de Siria en los últimos años y en contra de Israel. Siria ha jugado como un maestro con las diferentes facciones libanesas para asegurar que en Líbano no gobierne ningún centro de poder independiente. Israel parece haberse conformado, mientras no se resuelve quién gobierna en Líbano, con la garantía de seguridad que supone el control de la franja de 10 kilómetros en el sur libanés. En razón de todo lo ya expuesto, resulta reiterativo el afirmar que los israelíes no van a marchar de Líbano. Por tanto, el argumento de que unos marcharán si los otros hacen lo mismo está vacío de contenido.

Dos problemas derivan de la anterior afirmación. primero, la cuestión de hasta cuándo puede ser mantenido este precario equilibrio —la relación disuasoria—. Segundo, cómo podría transformarse esta relación conflictual en un proceso de resolución de conflictos que tuviera como factor primario la superación de un estancamiento estático.